

La materia de un nuevo deseo: la placenta placentera¹

Olga Grau Duhart²
Universidad de Chile
ograu_2000@yahoo.com

A Manuela y Matilda

RESUMEN

El texto se propone reflexionar sobre una materialidad que disuelve de una manera particular las dicotomías corporales: la placenta, la "torta materna", cuerpo órgano-no órgano transitorio que ha devenido en la contemporaneidad a ser la materia de un nuevo deseo: el de la afirmación de una continuidad entre la vida y la muerte, el de la continuidad expresada en su fagocitación por la madre después del parto.

La nueva ritualidad expresada en ese gesto, beber o comer la placenta, honra una materia que permitió el origen y crecimiento de una nueva vida. Como tejido sin vida se lo hace ingresar en un nuevo flujo de materias y alterar de ese modo las bipolaridades de lo interno y lo externo, lo vivo y lo inerte. Hacer entrar ese tejido posparto y sin vida en el propio cuerpo, después de finalizada su misión orgánica, es darle un lugar nuevamente en la vida. Considerado habitualmente como desecho, se asimila ahora en su potente valor simbólico y carnal.

Investigaciones médicas intentan comprobar el valor nutricional de la placenta y su alto valor benéfico para las madres y sus hijos/as recién nacidos en proceso de lactancia. Aquí nos interesa realizar una reflexión filosófica sobre la placenta y de esta nueva ritualidad, y descubrir en ésta un posicionamiento de las mujeres en sus derechos de demandar parte de un cuerpo que les pertenece no sólo a ellas mismas sino a sus descendientes. "El parto es nuestro" deviene una nueva afirmación política de las mujeres frente al poder médico sanitario y de la mercantilización placentaria, y recupera, asimismo, saberes ancestrales de simbolizaciones respecto de los cuerpos vivos y muertos.

El texto guiña el ojo a algunas reflexiones en torno al cuerpo de Jean Luc-Nancy, Luce Irigaray y a la esfera primaria de nuestra pre-conformación subjetiva, de Peter Sloterdijk.

En un primer momento, el texto con base en un testimonio actual se aproxima a ritos y prácticas ancestrales de la ingesta de la placenta que la muestran en su

potencia simbólica y material; luego, indaga en la estructura misma placentaria ciertos rasgos que definen una relación particular entre dos; finalmente, refiere al festín endógeno de la placentofagia y sus posibles significados culturales.

Categorías: *placenta, deseo, materialidad, cuerpo, maternidad, placentofagia.*

CON BASE EN UN TESTIMONIO

La piel de la placenta le pareció magnífica en su variedad de colores, tornasoleada; introdujo su mano en la flexibilidad de su saco, dejándola colgar en su forma particular semejante a un plato.

Tomó el jugo de placenta a las 3 horas de haber parido. Los primeros tres días la absorbió como un batido espeso con jugo de fruta que le ofreció mucha energía y un estado placentero y confortable. Sintió un gusto metálico al beberla, el que se agudizó posteriormente. Hacía mucho calor y no le era ya grato consumirla en la mañana en la habitación calurosa. El gusto metálico se le intensificaba y se hacía presente la sensación de que era carne, lo que no resultaba tan buen bocado para la mañana. Prefirió dejar de ingerirla.

El beber la placenta tuvo un aspecto ritual: un órgano que había permitido el crecimiento de esa vida que nació, tenía que ser honrado, agradecido por lo que había permitido. Hacerlo entrar en el propio cuerpo después de no cumplir ya más su misión orgánica, como materia inerte, era darle un lugar nuevo en la vida. Considerado como desecho, sacado por las ventanas en algunos hospitales por gatos hambrientos, se asimilaba ahora en su valor simbólico y carnal, en una proximidad de tejidos humanos en que ascendencias y descendencias son turbadas. La placenta que deja de existir en el mismo momento que la criatura nace, es vuelta a la existencia a través del orificio más grande que tiene el cuerpo en situación cotidiana. Boca materna que digiere materias genéticas de la envoltura del feto, que le es devuelto en la boca, en beso de mucosas, en sabores ignorados, en colores azul –en su faz fetal– y rojo oscuro –en su faz materna–, en venas y conductos que intermediaron sangre hacia un lado y toxinas hacia el otro. El nacimiento corta el traspaso de materias de desechos que vuelca el feto hacia el cuerpo madre, corta el sonido del flujo sanguíneo de la placenta (shhhh, shhhh), necesitando el cuerpo que nace de una acogida sin límites en otro género de fluidos, calostro incoloro y leche blanca. La nueva vida insta al cuerpo matriz a der-

ramarse sobre ella después de ser expulsada. Somos seres arrojados en el mundo, expulsados del cuerpo materno por asunto de protección mutua. Madre y feto encuentran sus topes, sus límites, una en el otro, ya no pueden más en esa relación de tiempo-espacio interpenetrados. El vientre no puede expandirse más allá y el feto llega también a su límite de crecimiento confortable³.

El nuevo gesto o comportamiento de la ingesta de la placenta por parte de la madre, que puede irse haciendo una tendencia contemporánea, sorprende en la aversión o asco o desacomodo actuales que produce. Se ignora la propia etimología de la palabra placenta: torta, pastel materno. Las metáforas, vinculadas a la forma placentaria, se ligan fuertemente con la acción alimentaria de festejo, dando lugar a la idea de un posible banquete. Órgano de nutrición del hijo o hija, puede luego serlo de la madre en la celebración de la vida en una acción primaria que conlleva el deseo de la no tan pronta disolución de la interpenetración de las materias madre-feto. Asociada a lo primario, la cultura olvida la placenta repugnándola. Madres y padres, se ha dicho, han hecho cosas repugnantes, asquerosas, como cocinar, comer o beber, la placenta.

¿Cómo entender esta repugnancia? Puede ser la repugnancia ante los tejidos muertos, desechados. Como se desecha muchas veces el ombligo, una vez seco, el que ha tenido también como contrapartida el guardarlo como recuerdo de un inicio, pegarlo en un álbum de fotos, hacerle homenaje. En la cultura mapuche, para el nacimiento del hijo varón se procedía a plantar un árbol que venía a ser aliado y protector de ese individuo, y hay registros, como el de Ricardo Latcham, pionero en la etnografía mapuche, en que se cuenta que el pedazo de cordón umbilical que se cortaba después del parto se enterraba, aunque nos dice que no hay seguridad de que se enterrara en el mismo hoyo en que se plantaba el árbol, como ocurre en ciertas tribus africanas (1924, 322-323). Y en investigaciones cualitativas recientes, las mujeres mapuches implicadas mencionaron que “la placenta debe ser enterrada debajo de un árbol nativo o frutal, lo cual daría protección y fortaleza física al niño” (Alarcón y Nahuelcheo, 2008, 197). No hay desecho, de ese modo, en ese entierro, sino valoración de ese tejido como objeto de protección. “La placenta, la compañera de la guagua o ‘kompañ pichiche’ (Celinda Quintriqueo), para los/as mapuche representa

un elemento simbólico y cultural de gran importancia para la vida del niño o niña y su destino futuro” (Salazar, 2009, 99). Por ello, al enterrársela, se la protege de los pájaros, perros y también de los males que personas envidiosas puedan querer hacer al recién nacido.

La cultura mapuche asignaba también a la placenta un valor benéfico para las siembras y se la enterraba para tener luego buenas cosechas. Se la consideraba, por añadidura, una materia de presagios, donde podía leerse lo que acontecería al bebé.

Existen algunos arcaicos augurios que se emiten una vez que se examina la placenta. Este órgano trae excelente información en torno al futuro de la madre y del niño. Asimismo, según el tipo de cuidado o negligente abandono que de ella se haga, se pronosticará la suerte que correrá el destino del recién nacido (Mora, 2006, 85).

La lectura de la placenta fue concebida como un acto cultural vital para conocer el destino del niño y evitarle sufrimientos en la vida. Esta lectura es realizada por mujeres expertas de la comunidad, quienes ayudan a la parturienta a tener sus hijos (Alarcón y Nahuelcheo, 2008, 197).

Por su parte, los indígenas americanos Quechua y Aymara en el sur y los Navajo en el norte, también asignan un valor sagrado a la placenta, y en países como Indonesia o Malasia, la honran como hermano protector del recién nacido. En China se conserva disecada como sustancia de vida y de salud para ser utilizada en medicina⁴.

La placentofagia ha sido considerada repulsiva de acuerdo a las normas culturales que, a través del asco, hacen de la ingesta de la placenta un tabú probablemente de resistencia a lo animal asociado a lo que somos⁵. Sin embargo, no hay reparo a la aceptación de los fines cosméticos, y nos encontramos con la aceptación de los procesos sofisticados de transformación e intervención tecnológica, versus la aversión de la función de comerla. La aceptabilidad del tratamiento industrial de la placenta vs. el horror y asco respecto de su ingesta u otros usos de cercanía con esa materia muerta, como enterrarla o disecarla, podrían tener relación con la resistencia a la muerte o a la afirmación de la humanidad versus la animalidad.

LA MATERIA PLACENTARIA

La placenta como tejido mixto de madre-feto, tejido interrelacionador de dos cuerpos, es la envoltura material constituida por dos capas, dos membranas en que una se acopla a la otra, la parte fetal de la placenta (corion, piel o cuero) *toca* la parte materna de la placenta (decidua basal). La placenta es un órgano materno-fetal⁶ donde el embrión ha producido su propia envoltura material que se pega a la capa del endometrio materno, se prende adhiriéndose firmemente a ella, en ese tejido matriz que tendrá que acoger al embrión familiarizándose con él para no expulsar ese cuerpo extraño, intruso, advenedizo. El cuerpo intruso ha requerido para su posibilidad de vida la des-activación del sistema inmunitario de la madre para que no sea rechazado lo que en ella se ha alojado, tejidos nuevos, mixtos. El *cuerpo a cuerpo con la madre*⁷, será así un proceso a partir de un momento cero, esquivo y tenso. Un proceso de materias compartidas, traspasadas por flujos bidireccionales; en términos de Sloterdijk, “la canica fetal [...de] oscuras aguas privadas” (2003, 65), la “burbuja” constituyente de “las formas de la intimidad del ser-en-forma redondeado y las moléculas base de la relación fuerte”, de esa “unicidad dúplice” (2003, 66).

La placenta es un órgano de tejido dual, mezclado, el tejido que aporta el embrión y el tejido que produce la madre; ambos producen un par, un dos, una relación, un vínculo corporal. Como gestores de la continuidad de la vida se aprietan, se acuñan uno con el otro en un tiempo cíclico y en un espacio corporal circular que trafica un flujo de sentidos: nutricio y oxigenante por el lado de la madre y de desintoxicación por el lado del feto. La madre pareciera adoptar la forma de un enorme riñón para el feto, sobreactuando una potencia filtradora y purificatoria que terminará con la expulsión de quien ha crecido dentro de ella.

La matriz es el lugar donde ocurre una transformación, donde una materia, si es orgánica, crece en otra haciendo su diferencia, aun a costa, en revancha, en medio de su dependencia. Si la materia que se produce es orgánica, la matriz que la sostiene es soporte afectado por la materia que se le apega e instala en su primera y fuerte conexión. Se inscribe en ella otro ser. La materia que emerge en su condición de ser otra, se determina paulatinamente en medio de aquello que la

contiene y sostiene en su producción de sí. Despliegue, crecimiento en una engañosa formación simbiótica, en su radical diferencia. Materia que tiene claves y patrones propios de su desarrollo, pero que no puede ser inicialmente sino en otra, a partir de otra, por otra, en un vínculo umbilical que dejará en su cicatriz, para siempre, la memoria de la “herida irreparable” (Irigaray) de su corte.

La matriz se dota como receptáculo en que habita una desmesura, una vida proliferante, un exceso poiético que sobrepasa a quien porta la matriz, la desasosiega, la interrumpe. La idealización de la madre, de la matriz, surge como compensación a esa inquietud de sí, como su olvido. En la matriz ocurre una multiplicación de ser o una reproducción de ser que no hace posible la simbolización de que lo que se produce es una copia. La matriz da origen a un nuevo enigma existencial: cómo será, quién será, cuál su rostro, qué será de su vida. La nueva vida nos hace saber del misterio, de su incognoscibilidad. Puro cuerpo el recién nacido, acontece en un campo áspero de significación; un lenguaje desconocido para quien lo ha parido y lo acompaña en un crecimiento que se ha independizado.

Los tejidos calzados uno con el otro son superficies de contacto, en contacto, un entre dos, que hace posible pensar el *entre* de una manera completamente material, una materia ambivalente, de dos fases compenetradas, tejido dual, intersecto, im-preciso. Pareciera ser que el parto, el nacer, es origen de dicotomías: dentro/fuera; exterior/interior; oscuridad/luz; protección/desprotección del cuerpo, de la piel; mundo cerrado/mundo abierto; medio acuoso/medio aéreo. Dar a luz es igual a parir hacia la luz, hacia la distinción, la diferenciación, el ser otro, un cuerpo otro, aunque ese cuerpo no abandona su completa dependencia. Serán necesarios 9 meses más después del parto para ir logrando una mayor definición y preámbulos de independencia.

En la dependencia de la vida nueva nacida se da una alteración del tacto. Desde un tacto hecho de humedades plenas dentro del cuerpo de la madre, se ha ido hacia la focalización de la humedad en el pezón del seno materno, la primera fuente de humedad externa, el primer fluido de contacto después de la separación. El líquido amniótico producido tanto por la madre como por el feto era parte de la burbuja originaria de relación material, de una suerte de materias con-sonadas y donde suena y resuena lo interno y lo externo.

En el pecho materno se da el primer contacto de dos afueras, la del recién nacido o nacida con la madre y la de la madre con ese o esa nacidos. Otra relación de tacto, tacto entre exterioridades. Habría que tomar en cuenta la reflexión que hace Nancy en su libro *Corpus*, sobre la máxima *arealidad* que tendría el seno femenino y su vinculación con la *emoción* y llevar su reflexión más allá al pensar el seno femenino como seno materno, el que podríamos considerar como la ampliación de la masa de su densidad.

Difiero de Nancy en haber concebido el primer tocar en sentido estricto después del parto: “Sólo un cuerpo separado puede tocar” (2013, 13). A mi juicio, habría tacto, toque y tocar ya en esa caverna confusa de tejidos, membranas y humedades, un tocar oscuro, podríamos decir, en una suerte de indistinción, en esa esfera de “habitar sutil común” (Sloterdijk, 2003, 65). Se presentarían, tal vez, dos órdenes del tacto, en que el tacto oscuro, raíz material de proximidad total con el otro, funda el tacto de la separación de los cuerpos y el deseo de su encuentro. “Todo deseo tiene relación con la locura” dirá Luce Irigaray. Especialmente este deseo de encuentro, podría decirse. Para Irigaray la relación del deseo con la locura tiene lugar de forma privilegiada en la relación con la madre, el deseo de la madre, tanto para el hombre como para la mujer, dando lugar a locuras diferenciadas. Y en los términos de Sloterdijk, “Toda vida pasa en su comienzo por una fase en la que un suave delirio arregla entre dos el mundo” (2003, 65).

Nancy afirma que:

Tocar comienza cuando dos cuerpos se distancian y se distinguen uno del otro. El niño sale del vientre y se vuelve a su vez un vientre que puede tragar y escupir. Él toma en su boca el pecho de su madre o su dedo. Chupar es el primer tocar. La succión aspira, por cierto, la leche nutritiva. Pero hace algo más, hace otra cosa: ella cierra la boca sobre el cuerpo del otro. Establece o restablece un contacto por el cual invierte los roles: el niño que fue contenido contiene ahora el cuerpo que lo contenía. Pero él no lo encierra en sí, al contrario, él lo tiene al mismo tiempo delante suyo. El movimiento de los labios que chupan no cesa de retomar la alternancia de proximidad y distancia, de penetración y de salida de quien ha presidido el descenso desde el vientre hasta la salida fuera del cuerpo, de ese cuerpo nuevo al fin listo para separarse (2013, 2).

Sin embargo, podríamos decir que Nancy reconoce esa otra forma del tacto que hemos llamado tacto confuso: “Tocar sería demasiado decir y sin embargo ya está ahí: es el primer *Rühren*, el primer borboteo y flote con el que se balancea eso que todavía no ha llegado a nacer” (2013, 13). El tacto confuso, en mis términos, se presentaría en una suerte de momento anterior al despliegue de las identidades separadas, distintas, pero también habría que hacerse la pregunta respecto de si todo tacto tiene también siempre dimensiones confusas. Nancy también lo advierte al referirse a la efectividad del contacto, “la efectividad de una venida hacia y de una acogida de”, en la doble cualidad que se intercambia, en la doble acogida de las pieles que se tocan: “El venir-a de uno y otro los cruza en el punto de *cuasi confusión*” (2013, 19)⁸. Ese cruce confuso es el esquema de un modo de la relación entre una (madre) y otro u otra, y no sólo el esbozo de una posibilidad; es una relación compleja, confusa, oscura, de intercambios de fluidos, que dejará sus huellas en nuestro aparato psíquico. Nancy ve en la separación del recién nacido de su madre el inicio de su relación con ella misma y con el mundo: “Al separarse él conquista aquella nueva posibilidad de la que no conocía más que un bosquejo: la posibilidad de la relación y del contacto” (2013, 13). Por mi parte, insistiría en la profundidad de la con-fusión de esa relación y en el esbozo de un siempre no saber con propiedad *qué* es una relación. La con-fusión madre-feto expresaría la complejidad de las operaciones de intercambio material, especialmente de fluidos, de con-tacto de membranas, más que del “toque” de cuerpos sólidos, separados.

Para Nancy, por otra parte, lo sonoro sería el modo de relación madre feto y feto mundo:

El bosquejo era esencialmente auditivo, y la audición misma era difractada según el prisma completo del pequeño cuerpo sumergido en el resonador líquido con el cual el otro cuerpo lo envuelve. El sonido de este cuerpo, de su corazón, de sus entrañas y el sonido del mundo afuera tocaban al mismo tiempo sus oídos, sus ojos cerrados, sus narices, sus labios y toda su piel infusa (2013, 13).

La idea de bosquejo se conecta en Nancy con la indistinción de las sensaciones, con lo diluido de estas, con la permeabilidad e intercambio constante entre exterioridad e interioridad. Es justamente ese

el punto que me interesa, el de la indistinción que se produce en ese lugar privilegiado placentario que desarmaría las bipolaridades y el carácter dicotómico de las relaciones materiales. Insistiría en una idea expuesta previamente: el parto sería el tiempo-espacio del apareamiento brutal, pero también gradual de las oposiciones, a partir de una lectura particular de las relaciones corporales desde una lógica convencional que quisiéramos desviar. Evocar las prácticas culturales de valoración de la placenta, que nos expresan otras configuraciones de mundo, puede tener una significación a contramano y a contrapelo de las habituales formas de pensar, que nos permite pensar en proximidades de producción común, de mundo compartido. Una abuela mapuche, reflexiona sobre el estado de las cosas del mundo, cuya violencia y malestar la atribuye a que la gente se ha olvidado de su custodio, de su alma hermana, de su guía, lamentando el hecho de que la placenta es botada por los médicos⁹. Considerada como desecho, no es enterrada bajo un árbol como abono, lo que aseguraba que la vida de esa persona fuera cuidada y custodiada. Perdemos referencias simbólicas de nuestro pasado de díadas de intensa proximidad y nos quedamos un tanto en vilo, haciéndonos más complejo tocar el mundo después de nacidos.

UN FESTÍN ENDÓGENO

La hibridez le pertenece a la placenta y cuando esta se come y se bebe, lo que se come y se bebe es la hibridez. La madre come algo del hijo/a y de sí misma. Madre come madre y come hijo/a. Si participa el padre, padre come madre e hija/o. Además, madre y padre se co-autofagocitan a través de la ingesta del coiron, tejido madre-padre, generado por el cigoto, fusión de la célula materna y paterna. También de algún modo, a través de la leche materna nutrida por la sangre de la madre recorrida por el tejido placentario ingerido, el bebé o la bebé se autofagocita a sí mismo. Mediaciones de materias devenidas fluidos. Aquí la circularidad está interrumpida, desde la fuente materna donde se realizan todas las operaciones de alquimia, los fluidos van hacia un sentido, a la vida nueva que aprende así materialmente el deseo de sí misma. Los cuerpos disponen una continuidad de potencia vital que se realiza en cada uno de los puntos de la transmisión de la vida.

En la placentofagia, término que remece e inquieta incluso a las madres que la han ingerido, podría verse como una contracultura, la emergencia de un nuevo comer y tragar.

Podríamos hacernos varias preguntas respecto de lo que en esa acción se pone en juego: ¿una nueva concepción de lo maternal?, ¿del vínculo?, ¿de ritos de traspaso?, ¿necesidad de rituales ligados al cuerpo donde un órgano ambiguo después de su muerte da vida?, ¿necesidad de apropiarse de las cualidades sobresalientes de la placenta, haciéndolas propias y poseyéndolas?

Asistimos a flujos de materias entre dos cuerpos (madre-hijo/a) que acompañan el flujo de la lactancia inicial. ¿Qué principio de continuidad se da en esta particular absorción placentaria? ¿Evitación de la separación, del trauma del nacimiento, del trauma del parto? ¿Compensar la violencia del parto? ¿Qué potencia se busca, qué se come y se bebe materialmente y simbólicamente? ¿De qué apropiación se trata? ¿Qué ritual se cumple en la emergencia de este nuevo tragar? ¿Vuelta a la naturaleza? ¿Nos encontramos frente a la sublimación de un instinto animal presente en la especie humana, pero desechado?

El comer la placenta aparece asociado a mujeres que la comen en privación de alimentos, porque no tienen otra cosa que comer, en la hambruna, en la carencia. Aquí, donde se tiene comida y puede abundar la comida, se come como un plus dotándose a la placenta de sentido, como plus simbólico más que orgánico. Se come un órgano provisorio, ya sido, en su doble faz abriéndose posibles y nuevas significaciones culturales.

Comer o no comer. La placenta como tejido de relación está expuesta al asco de la resistencia a admitirla como materia de placer. En la integración de lo vivo y lo muerto a través de la ingesta de la placenta (lo expulsado del propio cuerpo) se realizan operaciones que disuelven las contradicciones. Comer o beber la placenta por la madre deviene en un modo de saber de sí, en el volver sobre los propios tejidos o materias de relación.

El ritual del comer tejidos propios, tejidos de relación, se hace con vistas a proteger la vida del que nace y como alimento de la madre. Se invierte la relación. La madre se nutre de un tejido que alimentó antes al feto y el bebé se nutre de una leche que le transmite de nuevo de manera sutil, como evocación, su tejido contenedor. Si la placenta

alimenta tanto a alguien en su periodo fetal, cómo llegar a eliminarla completamente luego de su expulsión. La categoría del desecho hace que la placenta sea separada de la madre y del recién nacido de modo que la vida nueva es puesta en oposición de su contenedor que pasa a ser desecho. Palpitante aún el cordón se le corta anticipadamente, separando los cuerpos en el ritmo de las dicotomías. El remanente de vida en el palpar del cordón viene a ser demandado en los procesos de parto por estos días, en la conciencia de que el cordón umbilical todavía transmite vida fuera del cuerpo de la madre. Y se empieza a constituir en mandato un reclamo de las mujeres: no cortar, no separar violentamente.

NOTAS

1. El texto forma parte de las reflexiones sobre la materialidad del cuerpo en el marco del Proyecto Fondecyt N° 1150266, en el que participé como co-investigadora y que tuvo por investigadora responsable a la Dra. Valentina Bulo. Este texto es una reflexión que toca la experiencia de embarazo y parto de mi hija Manuela, y el nacimiento de Matilda, experiencias que me remecieron de una manera inesperada e inquietante. Se lo dedico a ellas, lo debo a ellas. También agradezco a Mónica Bannen haber desatado su producción por una aprensión suya que me compartiera una tarde de domingo.
2. Dra. Olga Grau, Profesora Titular, académica del Departamento de Filosofía y del Centro de Estudios de Género y Cultura en América Latina, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile.
3. No deja de ser curioso que el nacimiento de quienes nacen después, en demora, da lugar a que se les dé el nombre de “corderos”, en el sentido de tardíos en nacer, confundido su sentido etimológico con los “cuerdos”, los “sabios”, como las muelas tardías, las muelas del juicio o sabiduría.
4. <https://www.elpartoesnuestro.es/> Página consultada el 15 de mayo 2017.
5. La placentofagia es común en los mamíferos, incluso en los herbívoros.
6. En cierto sentido un no-órgano, en tanto no es un órgano que pertenezca o vaya a pertenecer a uno de los dos, madre o hijo/a; es un órgano transitorio, temporal.
7. Expresión de Luce Irigaray utilizada en su escrito *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir* (1985).
8. El subrayado es mío.
9. Una persona lectora de este texto, y que lo ha evaluado para ser incluido en *Non-madías*, y a quien agradezco su revisión, sugerencias, hizo el siguiente comentario: “como lucha ganada desde hace alrededor una década las *pu lamgen* se han podido comenzar a llevarse su placenta desde algunos hospitales. Hace un par de años, de hecho, se dictó una resolución que reconoce y norma esta práctica”.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN, Ana M. y Yolanda Nahuelcheo S. "Creencias sobre el embarazo, parto y puerperio en la mujer mapuche: conversaciones privadas". En: *Chungará*, Revista de Antropología Chilena, 40/2 (2008): 193-202.
- IRIGARAY, Luce. *El cuerpo a cuerpo con la madre. El otro género de la naturaleza. Otro modo de sentir*. Barcelona: laSal ediciones de les donnes, 1985.
- LATCHAM, Ricardo. *La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1924.
- MORA, Ziley. *Magia y secretos de la mujer mapuche. Sexualidad y sabiduría ancestral*. Santiago: Uqbar Editores, 2006.
- NANCY, Jean-Luc. "Del tacto (tocar / mover, afectar, remover / excitar)". En *Archivada. Del sintiente y del sentido*. Buenos Aires: Editorial Quadrata de Incunable srl, 2013.
- SALAZAR, Andrea. *El oficio de la püñeñelchefe: Memorias del parto en los relatos de tres mujeres mapuche de la comunidad Curaco Ranquil*. Tesis para optar al grado de Magister en Estudios de Género, Santiago, 2012. <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/113728/Salazar%20Andrea.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- SLOTERDIJK, Peter. *Esferas I*. Madrid: Ediciones Siruela, 2003.